





ANDRÓMACA VÁZQUEZ  
INVESTIGADORA PRIVADA



Francisco Tosi

ANDRÓMACA VÁZQUEZ  
INVESTIGADORA PRIVADA



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

©Francisco Tosi

ISBN: 978-84-19439-00-0

ISBN digital: 978-84-19439-01-7

Depósito legal: M-18578-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Maria Julia por su infinita  
paciencia e infatigable estímulo  
y Eugenia Julia por su actitud  
positiva y generosa crítica.  
Maria Julia, maravillosa esposa  
y Eugenia Julia, nuestra hija tan  
querida.*



## Prólogo

Andrómaca Vázquez es traductora pública jubilada, tiene bastantes años, siempre demasiados, pero es curiosa como pocos. Vive en Buenos Aires, en el barrio de Palermo, en un departamento pequeño de planta baja sobre la esquina de una linda calle con *boulevard*. Ha leído mucho por profesión y por placer y evidentemente la gran Agatha Christie le apasionó. Pero no fue la única de sus lecturas formativas. Inesperadamente las *Novelas Ejemplares*, se transformaron en un libro de lectura y relectura. Viejas y nuevas perlas se muestran a sus ojos a pesar de haber ya gastado los dos volúmenes de su texto. La informática, que para ella fue un duro aprendizaje, le permite una agilidad y movilidad, de otro modo, imposibles.

El subcomisario Gauna es un policía maduro y experto. Un poco escéptico pero todavía ambicioso. La comisaría 23 que está cerca de la casa de la señora, es su base de trabajo. Sin mucha convicción comienza a pedir ayuda para casos molestos y que le hacen perder tiempo. Así es el comienzo.

¿Cómo y porqué se cruzaron estos dos personajes? El cómo es claro porque son las necesidades de la ficción y el porqué es débito al autor.

La buena onda vale a todas las edades y Andrómaca la demuestra.

EL AUTOR

## El desconcierto del inspector Gauna

El departamento de la planta baja estaba ocupado por la anciana señora Vázquez. Los vecinos la veían poco. Se levantaba muy temprano para pasear al perro y luego algunas veces salía para hacer compras o, de nuevo, para pasear al animal. Era una figura conocida en el barrio, pero no parecía muy sociable, ni particularmente perspicaz, ni se veía que tuviera mucha plata ni que le faltara para las necesidades mínimas. Como describió sumariamente Roberto, el encargado, era una más. Esa fue la respuesta que le dio al policía. Era el inspector Gauna, que llevaba la investigación simultáneamente con desconcierto y pereza. El desconcierto vino porque en la puerta de entrada del edificio, sobre la vereda entre el portón y el árbol, del costado del portero eléctrico, apareció un cuerpo, que resultó ser de difícil identificación porque tenía los dedos recientemente quemados y no traía documentos ni billetera. Lo único que era seguro es que estaba muerto. Esas dificultades ante la enorme cantidad de trabajo habitual le dieron cierta pereza.

El forense informó que la causa de la muerte era un infarto agudo de miocardio y habría ocurrido entre las 12 de la noche y las tres de la mañana. Eso dijeron los medios, sin mucho detalle. Nadie había visto ni oído algo particular hasta que Roberto, en función de sus habituales tareas matinales de limpieza de la vereda, a eso de las seis, llamó al 911 sin siquiera tocarlo, pensando que fuera un drogado o borracho dormido o desmayado.

El inspector Gauna dejó pasar un par de días razonando que alguien iba a reclamar el cuerpo o algo se iba a saber en el mundillo de informantes y por la inteligencia policial. Como eso no ocurrió y nadie parecía ocuparse del caso, lo dejó ir a engrosar la lista de anónimos y muertes dudosas. El juez intervino y, como no había donde poner la faja, todo quedó también inmóvil en un expediente. Parecía que esa calle arbolada, la primera de las tres del bulevar, estaba no solamente tranquila, sino bajo una campana de silencio. En pocos días, había salido de la agenda mediática.

Gauna le había preguntado a la señora Vázquez, que justo vivía en la planta baja, pero ella no había oído nada, como tampoco el encargado que también ocupaba el departamento contiguo, aunque más al fondo. La versión oficial fue que una persona sin identificar, en la noche, caminando por el barrio, atacada por un infarto, sin mayores detalles, murió.

La señora Vázquez disponía de tiempo, curiosidad e internet. Junto a su formación de traductora, aunque jubilada, tenía los requisitos suficientes para ponerse a

pensar sobre el misterio. Se llamaba Andrómaca. A pesar de su nombre nostálgico y romántico, era una mujer muy práctica. Alguien a quien alguien de edad llamaría *moderna*.

Efectivamente, no había oído nada, posiblemente porque usaba tapones de cera para dormir mejor. Tampoco el perro había ladrado. Solo reaccionaron cuando escucharon, ella y el perro, las exclamaciones del encargado, que era medio chicato pero compensaba con un vozarrón inconfundible. Instintivamente, salió a mirar, sacó el celular y tomó varias fotos del hombre caído. La policía y la ambulancia llegaron rápido, pero ella antes pudo ver y revisar detalles que en una primera mirada no había visto.

Más tarde se dedicó a ampliar las fotos e investigar. Varios días de trabajo la ayudaron a hacerse una idea. No es que fuera Sherlock, Poirot o Maigret, pero algunas deducciones podía hacer. Notó la vestimenta apenas sucia por el pavimento, el escaso consumo de los zapatos, las manos cuidadas. No era un caminador. Observó a los policías que buscaban en el cadáver los documentos o algún objeto y no encontraron nada más que un par de tarjetas personales comerciales: un restaurante, una agencia de autos y un contador público. Nadie vio o le importó que Andrómaca las fotografiara. El muerto las llevaba en el bolsillo superior delantero del saco. Se notaba que no habían buscado allí los que le revisaron todo. Debían estar apurados.

Amplió las fotos y comprendió que tenían un patrón común: el lugar en las direcciones. Era posible que hu-

biera muerto en otro lado y lo hubieran descargado allí, frente a su casa, reflexionó Andrómaca.

El lugar de las direcciones no era tan lejos en tiempo si se tomaba el 10. Con una aplicación que tenía en el celular, llegaría sin perderse. Era cerca de la terminal, al final del recorrido.

Decidió ir. Dejó el perro al cuidado de Roberto.

Cuando llegó, fue directamente a ver al contador. Mientras caminaba, se dio cuenta de que tenía una intuición a partir de esos datos, pero no tenía un plan. Así y todo, siguió. Llevaba una foto del muerto que había mejorado con el Photoshop. No era muy alentadora, pero no parecía cadáver. No sabía cómo encarar la conversación sin descubrir sus intenciones.

Se le ocurrió decir que era un posible cliente para su declaración de impuestos, porque tenía unas propiedades en la zona, aunque vivía en otro lugar. El contador, con cara de pocos amigos, le preguntó cuál era su domicilio. Entonces tuvo la idea de decirle que justo frente a su domicilio encontró a ese hombre que muy amable le había dado su tarjeta. Así fue como llegó allí. El contador se quedó callado pero inmutable. Andrómaca se dio cuenta de que había sido ingenua y que su plan improvisado tenía una falla: la retirada. Se puso un poco nerviosa y simuló un malestar para salir de la trampa donde ella misma se había metido. El gusto por haber acertado la pista lo dejaría para otro momento. Era momento de actuar rápido.

De pronto, se puso de pie y apuntó a la puerta, que, afortunadamente, estaba entreabierta, y salió disparada

por la escalera del primer piso al sol de la mañana. No vio a nadie seguirla.

—Inspector Gauna, lo que le cuento es verdad. El muerto tiene que ver con ese contador.

—¿Usted se da cuenta del lío en que se metió? Si esta gente tiene algo que ver con el muerto, la van a venir a buscar.

—Es posible, pero ¿comprende usted que es muy raro morir de un ataque al corazón y justo tener los dedos quemados para impedir la identificación? ¡Y de paso no tener ningún documento encima durante un *paseo* nocturno!

—no es tan raro, podría ser alguien con antecedentes que se quemó para impedir reconocer sus huellas y le agarró un ataque al corazón. ¡Es una causa de muerte de lo más común!

Pero el inspector era un policía responsable. Esa misma noche, se apostó con sus hombres en el departamento de Andrómaca Vázquez (el perro, con sedantes, lo dejaron nuevamente con Roberto) y en la calle enfrente. Todos escondidos.

Aparecieron sigilosos y pararon el auto frente a la casa. Eran dos. Uno de ellos comprendió que los esperaban y empezó a disparar sin aviso. Los policías respondieron. Los dos agresores quedaron heridos en el suelo de la calle, pero no estaban graves.

Pocos días después, se supo la verdad del crimen. Una rendición de cuentas con tanta presión que la víctima se les quedó muerta antes de que comenzaran las torturas.

—Inspector Gauna, es mi primer caso resuelto —dijo Andrómaca con algo de coquetería.

—Señora, hágame caso, nunca más se le ocurra.

Ante el desconcierto del policía, Andrómaca sonrió.

## Por culpa de otro hombre

Andrómaca Vázquez estaba terminando un vermú en la tarde del miércoles. Tenía alguna cosa pendiente para terminar en la computadora, pero no quería perder esa vieja pero reconfortante costumbre. De haber tenido más tiempo, se hubiera preparado un verdadero Negroni; al fin se conformaba con un Cinzano con gotas de *gin* y un gajo de mandarina sobre un par de cubitos. Disfrutó la bebida hasta dejar claritos lo que quedaba de los hielos y prendió las luces. Estaba por sentarse a la computadora a retomar la tarea cuando sonó el teléfono fijo. Espontáneamente, manoteó el celular que tenía al lado hasta razonar que correspondía levantarse y agarrar el tubo. Era su prima Dora. Cuando escuchó su voz, se acordó de que la última vez que hablaron le prometió ir a visitarla. Ahora le tocaba retribuir la visita de unos meses atrás. Antes de contestar, ya estaba de mal humor. No era ningún placer irse tan lejos para ver a Dora. Había escondido el compromiso en su desmemoria selectiva.

Impostó su mejor tono y le dijo:

—¡Hola, Dora! ¡Cuánto tiempo! Me estaba organizando para ir a verte.

Hubo un silencio más largo de lo normal del otro lado.

—¿Organizando? Quedamos en que vendrías mañana jueves 3. ¿No me digas que no te acordabas?

La advertencia puso en marcha algo en su mente y, en un instante, el escenario de su memoria se compuso. Era cierto. No le quedaba otra. Tampoco tenía nada especial que hacer. Dora redobló.

—Ya tengo tu cuarto listo.

Ese fue el último toque. Se acordó de todo el compromiso que había sumido. Iría a media tarde y se quedaría a dormir para no volver muy entrada la noche. Sin escapatoria, respondió:

—Por supuesto. Mañana llego a eso de las cinco o seis de la tarde.

—Vente antes, así tomamos el té en el jardín. Te va a gustar como lo tengo ahora.

Andrómaca iba una o máximo dos veces por año a la casa de la prima, que puntualmente le retribuía. En el promedio de sus relaciones sociales, se veían bastante. Dora era una gran conversadora y la ponía al tanto de la vida y muerte de toda la manzana y, con menos precisión, de lo más importante dado a conocer por los vecinos en la zona delimitada por las vías del tren, la avenida Rodríguez Peña y el centro de Santos Lugares. Según Dora, lo mejor del partido de Tres de Febrero, apenas al oeste de la ciudad de Buenos Aires. Andrómaca no le podía ob-

jeter nada en ese tema porque mucho no conocía y menos le interesaba enfrascarse en discusiones territoriales afectivas. Así fue que cortó la eventual charla y le aseguró que iría. Se puso inmediatamente a terminar lo que había suspendido por el trago. Trabajó hasta entrada la noche y, sin hambre, sacó a pasear al perro, que se había ubicado estratégicamente al lado de la puerta de la calle.

Mientras el animal socializaba a su manera con otros canes e identificaba las áreas disponible para hacer sus necesidades, ella miraba distraídamente a los jóvenes en la cervecería, a los repartidores que esperaban el viaje para entregar la *pizza* o lo que fuera y a otros que, como ella, esperaban terminar lo que los traía por allí para volver a casa.

Pasó la noche y poco después del amanecer, Andrómaca estaba despierta, ya sin ganas de dormir. Aprovechó para leer algo. Casi a la hora que Roberto, el encargado, arrancaba el enjuague de la vereda, salió con su perro. Le avisó que se lo dejaría a su cuidado desde la tarde del día hasta mañana. Roberto se llevaba bien con el perro y este con él. Una suerte.

Volvió a desayunar y se puso a revisar si había algo significativo en el correo electrónico y en el celular. Dedicó la mañana a pagar las cuentas del día y las que vencerían mañana. Todo bien planificado. Empezó a estudiar unos nuevos programas para identificación facial y *software* para reconocer elementos en filmaciones. Le había dado esa curiosidad ahora en le vejez. De a poco y con la práctica, iba avanzando; sin ser una experta, se las rebus-

caba bastante bien. Al fin era una técnica como otra. Por unos dólares, vendían licencias de lo más diversas. Era divertido y estimulaba su natural curiosidad.

Se conectó con un Cabify, una conveniente aplicación para transporte, y, con la mayor puntualidad, a las 16 horas precisas, estaba frente a la casita de Dora. Le mandó un mensaje desde el celular y rápidamente la prima salió a la puerta. La casa estaba recién pintada y lucía bien. De una planta y con techo plano, que le habían contado que usaban como terraza, era un lugar agradable. Le gustaba el crujir de los viejos pisos de madera. Dejó su bolso en el cuarto y se ubicaron las dos justo en el jardín, del lado opuesto a la entrada. Era en el fondo que llegaba al centro de la manzana, hasta una pared alta cubierta por enredaderas. Efectivamente, con sol estaba muy lindo. Dora le ofreció té, *scones*, *brownies*, pastafrola y, sorprendentemente, maníes cubiertos de chocolate. Una vez sentada, la dueña de la casa empezó a hablar y Dora se preparó para oír. Pero no tenía el tono de siempre. La notó agitada. Le hablaba como habitualmente, relatando los dimes y diretes de su recorrido. Pero había algo diferente, un no sé qué. Decidió lo más práctico: interrumpir y preguntar.

—¡Dora!

Se frenó en el aire, con una palabra a medio terminar. Como si se hubiera asustado. Andrómaca no perdió el tiempo.

—Dora, ¿te pasa algo? ¡Siento que estás agitada más de lo normal! ¿Algún problema que yo no conozca y debiera conocer?

Aún en su generosidad mantenía cierta prudencia, intervenir solo en casos graves era el patrón de asistencia de Andrómaca hacia Dora.

—¡No! En realidad, sí.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas de Encarnación?

No la recordaba. Hizo un enorme esfuerzo de memoria. Casi le dolía la cabeza indagando en su mente. Pero nada.

—La de la esquina. Al lado de la fábrica de pastas.

Andrómaca erraba por el éter.

—Dale, ¿la que el marido era inspector de habilitaciones?

—¿No te acuerdas? ¡Hace muchos años, el que se rajó con la peluquera!

—Ah, sí —dijo la visitante, con ambigüedad—. Algo me acuerdo. ¿La del peinado raro?

—Exacto, le gustaba y todavía le gusta ese viejo estilo que llamaban «nido de hornero».

—¿Viste que me acordé? —dijo triunfante, conforme consigo misma y su esfuerzo.

—Tiene un problema grave.

—¿Qué problema?

—Algo que puede ser jodido, muy grave.

Entonces Dora le contó que Encarnación había venido a la casa «en persona», agregó con énfasis. La pobre madre, siguió relatando emocionada, entre llantos y sonadas de nariz, le contó que le habían secuestrado al hijo. Su único y amado hijo.

—¿Te acuerdas de Brian?

No se acordaba mucho, pero dijo algo que creyó enganchar en un mar de recuerdos fugaces.

—Al que le gustaban las computadoras.

—¡Ves que te acuerdas! Ahora te digo exactamente qué hace el muchacho porque lo anoté en un papel que tengo guardado.

Se levantó con tanta energía que cayó hacia atrás la silla de hierro en que estaba sentada. Al ratito apareció y me leyó desde un papel arrugado:

—*Youtuber e influencer.*

Dora se empezó a enredar para explicar el significado de las dos palabras y esta vez Andrómaca la interrumpió con curiosidad firme:

—¿Qué edad tiene al que llaman «muchacho»?

—35 o 37, creo.

—No es tan muchacho —Andrómaca preguntó como si fuera una rutina—: ¿Cuándo desapareció?

—Exactamente hace dos meses, el 4 de agosto. Una noche fría.

—¡Un montón!

—Sí, ya avisó a la policía. Lo pusieron en una lista, repartieron fotos por el barrio y no consiguieron nada. No le dieron importancia. Si aparece muerto, puede ser que se muevan un poco.

—Vi que hay cámaras de control en la calle. ¿Las revisaron?

—No sé. Escuché que no están conectadas. ¿Sabes cuánta gente desaparece por día? —dijo Dora levanta-

tando la voz, como si fuera una experta en esas estadísticas.

—La verdad que no lo sé.

—¡Muchísima! —afirmó.

—¿No tuvo ninguna noticia?

—Nada. Nada de nada. Lo peor es que dice que a los pocos días alguien se llevó cosas del cuarto de Brian, el que secuestraron. Robaron cosas de él. Forzaron la ventana y robaron hasta la computadora.

—¿Se llevó el celular?

—Sí, pero si me vas a preguntar si lo llamaron, la respuesta es sí. El número lo tiene la DDI, inteligencia policial o científica, no me acuerdo. Iban a revisar las redes sociales y sus comunicaciones últimas. Dicen que no encontraron nada raro.

Andrómaca estaba recordando algo, finalmente se le materializó en la memoria.

—¿Este no es el que plantó a la novia, la hija del farmacéutico, frente al altar o algo parecido?

—Pero fue como hace diez años. Encarnación está segura de que lo secuestraron para matarlo. Dice que se lo dice su instinto.

—Si no le pidieron rescate, ¿para qué lo iban a secuestrar?

Al fin hizo la pregunta obvia de siempre:

—¿Andaba en algo raro?

Dora se puso toda colorada, pero negó con la cabeza.

—Nada, salía poco. Tenía amigos, pero no se lo veía girando por ahí. Se la pasaba con la computadora. Dis-

cúlrame, Andro, pero Encarnación va a venir mañana a almorzar. ¡Quiero que te cuente! ¡Tú eres tan inteligente!

—No me llames Andro que sabes que no me gusta.

Como si se hubiera desahogado, la tarde siguió para Dora hablando y hablando de otros temas y Andrómaca escuchando en oído automático. Por algún otro andarivel de su mente serpenteaba una idea. La quería verificar, pero necesitaba ir a su cuarto, conectarse al wifi de Dora y revisar.

Conociendo sus gustos, Dora le trajo el vermú, el correcto Negroni con Martini, Cinzano *rosso* y *gin* Bombay por tercios. Una cosa seria. A la noche había preparado lasaña y abrieron un Malbec con cuerpo que ya había reposado por toda la cuenta y estaba en su esplendor.

Las dos estaban picantes por el alcohol cuando decidieron ir a dormir. Dora se reía a carcajadas y había olvidado la ausencia de Brian. Andrómaca no. En su cuarto, se lavó la cara y se sintió bien despierta. Buscó uno de los programas recientes y entró al enlace que buscaba. Con el Google View, reconoció la calle y la casa de Encarnación. Recordó haber visto las cámaras fijas y que no todas estaban alineadas. Tal vez tuviera suerte y alguna apuntara justo hacia la casa. Dora le dijo que le habían informado que las cámaras callejeras estaban desconectadas. Muchas veces las cámaras estaban rotas y no enviaban información, pero era cuestión de averiguarlo. Con un poco de suerte, podía tener imágenes de dos meses atrás y los días siguientes.

Con uno de los programas que tenía, logró enlazarse con el sistema de emisión de imágenes del sector en don-

de estaba. Por prueba y error, identificó la cámara que buscaba. Golpe de suerte y combinación conveniente sobre la base del trabajo de buscar y ocuparse en profundidad de cada asunto. Un coctel apropiado, pensó Andrómaca. Encontró la noche del 4 de agosto. Había luz en la habitación de arriba. La vio finalmente apagarse y una figura deslizarse a través de la ventana, bajar por el techo de tejas sin problemas y pegar un salto hacia la vereda. Lo esperaba otra figura oscura. La filmación no era cercana, pero se veía bien a los dos. Se dieron lo que parecía un intenso abrazo y subieron a un auto que estaba en la vereda de enfrente. Se pasó varias horas mirando los días siguientes hasta que vio nuevamente el mismo auto estacionar en el mismo lugar. Bajaron dos personas. Creyó reconocer a Brian por la forma de caminar, que ahora que la veía le volvía a la memoria. Hizo el camino inverso, trepándose al techo de tejas y entrando por la ventana. Salió, efectivamente, con un bulto grande que debía ser la computadora y otras cosas, probablemente ropa.

Cuando bajó nuevamente a la vereda donde esperaba el otro, vio claramente cómo se besaban intensamente. Terminado el beso, fueron hacia el auto y desaparecieron de su pantalla.

No había mucho más que entender. «Por culpa de otro hombre». Esa era la respuesta. ¿Le podía decir eso a Encarnación? ¿Y a Dora? ¿Habrían visto lo mismo los policías y no le dijeron nada? Le quedaban algunas horas para pensarlo.



## Cosa de Edmundo

Andrómaca sentía un inesperado cansancio solo por haber sacado al perro a su habitual paseo matutino. Pensó que era extraño, pero se distrajo considerando que todo el día descansaría hasta terminarlo con la salida nocturna para el desahogo y satisfacción de las necesidades caninas.

Al volver a la casa, se arrellanó en el cómodo y anticuado sofá Chesterfield negro y apoyó los pies sobre la mesa ratona de bronce y vidrio. El perro miraba hacia ella desde su cucha debajo de uno de sus mejores cuadros. A ella le gustaba contemplar la pintura, la luz propia de sus colores y la profundidad de su punto de fuga. Ambos estaban en su campo visual si se hubieran podido explicar, teniéndose en cuenta, pero no observándose. Por eso le gustaban los perros. Estaban cerca. Eran compañía, pero a una la dejaban tranquila. Contenta, Andrómaca divagaba por esos y otros pensamientos elípticos, logrando con el paso del tiempo una progresiva relajación de cuerpo y alma. Esta última le pareció una inclusión optimista, pero al fin no importaba, no había que fundamentar y expli-

carle sus pensamientos a nadie. Eso era lo gratificante de la soledad. En eso estaba cuando sonó el timbre. El perro ladró, la mujer se puso de pie saliendo de su comodidad. Nuevamente tensa como un resorte.

Tuvo el tiempo de razonar que, si el encargado, estando en la puerta, como lo había visto al volver con el perro, había dejado pasar al visitante, era evidente que el timbreo estaba autorizado. Su humor se oscureció mientras arrancaba hacia la puerta. Un relámpago pasó por su mente, presagiando tormenta. ¿Una notificación? No podía ser porque estaba al día con todo y sin trámite judicial, que ella conociera. No quedaba más que acercarse a la mirilla y observar. Miró y retrocedió. El ojo de vidrio le devolvió la imagen oblonga y redondeada de su lejana sobrina Ana. No alcanzó a mirar de nuevo que la otra se pegó al timbre. El sonido era peor que el fatal recuerdo del martillo neumático rompiendo la vereda hace unos días. Abrió.

—¡Hermana! —clamó Ana.

Andrómaca apenas sonrió al recordar su adaptación del famoso teorema «Cuanto más grave es el problema, más cercanía de los parientes», que metafóricamente extraen hermandades y gemelares del tipo más oportuno, sin ser más que una sobrina lejana. Pero pariente al fin, pensó resignada.

—¿Puedo pasar?

Fue su pregunta retórica. De hecho, se estaba sentando aparatosamente en el sofá negro cuando aún Andrómaca sentía retumbar sus palabras.

—¡Claro, Ana! ¿Cómo estás? ¡Qué bien hiciste en venir! ¡Estaba sola!

Ana, afortunadamente, no leía la mente, por lo que ahora era inevitable escucharla. Se sentó justo enfrente. En un instante, la atmósfera se calmó. El perro volvió a su lugar, debajo del cuadro y en silencio. Andrómaca también se dispuso a escuchar y Ana estaba por empezar a hablar. Pero antes le ofreció algo para tomar, como buena anfitriona.

—¿Te sirvo un té?

—No, gracias. Estoy demasiado nerviosa. Un vaso de agua, por favor. Es lo que necesito, como mucho.

Andrómaca se levantó y fue a la cocina. La otra se contuvo hasta que volviera con el agua. Mientras hacía memoria, recordó que Ana debía tener un hijo. Uno solo, Edmundo, que podía tener unos 30 años. Creyó recordar que trabajaba en una compañía de seguros o tal vez en una financiera, le costaba focalizarlo. Era al que le gustaba leer, según años atrás le había confiado Ana con admiración. El padre, marido de Ana, se había mandado a mudar muchos años antes. Andrómaca ni lo recordaba físicamente. Recuperada parte de la historia y con una bandejita con un vaso de agua, volvió a la sala de estar. Ana no daba más. Tenía que contarle. Ya se la notaba por explotar. En pocos minutos, le contó algo extraño y confuso que no entendió completamente, pero se dio cuenta de que era algo serio.

—Por eso vine rápido a verte. No confío en nadie y tú siempre fuiste tan inteligente.

Andrómaca no le hizo caso al elogio de conveniencia. Hizo un breve silencio, como quien ordena ideas, y le propuso a su pariente pasar en limpio lo que había escuchado.

—Voy a repetir a ver si entendí bien. Edmundo se ha puesto a escribir cuentos.

—Muy buenos —interrumpió Ana para reforzar el concepto.

—Muy buenos, según tú —repitió pacientemente la dueña de casa—. Tan buenos que los presentó en un concurso literario.

—en varios concursos, porque escribió más de uno.

—Bueno —retomó Andrómaca con un dejo de fastidio.

Ana decidió no interrumpir más.

—Los mandó a esa institución, la Sociedad Italiana, confiado en ganar el concurso.

—Yo lo leí y era el mejor —no pudo evitar decir Ana, que era imposible afirmar que fuera el mejor sin haber leído los otros.

—Ana, déjame terminar. Tengo que seguir el hilo para armar un razonamiento. De no ser así, me va a ser imposible ayudarte. Sigo. Edmundo mandó el texto. Se puso tenso al esperar hasta que al fin salieron publicados los resultados. Se tenía mucha confianza con ese concurso en particular. Al fin publicaron los resultados con los cinco ganadores. Él no figuraba. Fue directamente al lugar del concurso, a la misma institución. ¿Quién estaba allá?

—Según lo que me contó, estaba la misma presidenta del jurado y otras dos personas más. Ella lo atendió.

Retomó Andrómaca:

—Entonces, Edmundo le preguntó por qué no lo habían premiado ni entre los primeros cinco, que era lo que habían mostrado.

—Para colmo, le preguntó si la jurado recordaba haber leído y se acordaba de su texto. El del fantasma de Garibaldi, las cartas del obispo y del párroco, le agregó para facilitar su memoria con su texto tan ingenioso — intervino entonces de nuevo Ana.

—Eso fue arrancar por el camino del conflicto.

—¡Es que él quería saber por qué! El trabajo era muy bueno.

—Todos los autores mandan lo que hacen pensando que es bueno, Ana. Pero sigo resumiendo. Edmundo insistió en preguntar y le contestaron que se había armado un orden de mérito con los 50 cuentos recibidos.

—¡Sí! Así fue.

—La mujer revisó en la computadora e imprimió el archivo para dárselo a Edmundo. Así pudo revisar todas las evaluaciones o, por lo menos, cómo había salido en el orden de mérito. Antes de llegar al final, la mujer lo interrumpió explicándole que habían sido objetivos y exigentes. Eso justo coincidió con la atenta y ansiosa lectura de Edmundo, que había comenzado desde arriba hacia abajo. Recorrió 49 hasta que encontró su nombre. Último.

—¡50 sobre 50 participantes! ¡Último! —dijo casi gritando Ana.

—Enojado por salir último, se acercó y le dio un bife, un sopapo con toda la mano.

—Edmundo me dijo que no le pegó. Es otra persona la que contó que vio como la presidenta del jurado, que decía ser escritora, cayó o se tiró al suelo mientras empezaba a chillar. Pero ninguna de las dos personas es contundente sobre que pudiera ver un golpe. Estaban mirando para otro lado.

—Él dice que no le pegó, solo hizo ruido con una mano contra la otra. La quiso asustar —Andrómaca retomó el relato con esta última afirmación.

—¡Exactamente, Andrómaca! ¿Cómo lo sabes?

No le contestó nada, solo hizo un gesto de haberlo intuido. Siguió resumiendo lo que había entendido.

—Edmundo no la levantó ni se acercó a ayudar. La insultó y se fue.

—A mí, que soy su madre, me dijo que no la insultó, simplemente que se fue. Muy angustiado, pobrecito.

Andrómaca hizo una mueca indescifrable y siguió con el resumen.

—¿Eso fue anteayer y luego te enteraste de que la mujer apareció muerta? ¿Se golpeó la cabeza en la bañera después de salir de darse un baño?

—Sí, eso dice el diario y la tele. La policía sigue también la línea de investigación del homicidio, según dicen.

Andrómaca se quedó en silencio. Ella también leyó lo de esa muerte dudosa, que había ocurrido bastante cerca, pero ni pensó remotamente relacionarla con el hijo de Ana.

—No van a tardar mucho en enterarse de la escena del día anterior con Edmundo. Se lo van a decir o, mejor dicho, ya se lo dijeron y por eso dicen que se les ocurre indagar por ese lado, el homicidio. Por venganza, fea motivación y agravante. ¿Qué dice Edmundo?

—Que es toda una locura. Que él no tuvo nada que ver. Sabes que vive conmigo. Esa tarde no lo vi y llegó entrada la noche. Le preparé la cena y se le veía tranquilo.

Estaban hablando del día de ayer. Mientras ordenaba las ideas y pensaba qué era lo mejor para hacer, sonó el celular de Ana. Ella atendió con las manos temblorosas y se puso a hablar a gritos. Cortó y se puso a llorar. Andrómaca entendió antes de que le explicaran. Estaban arrestando a Edmundo.

—Tranquilízate, Ana. No hay que perder la calma ahora. Nadie puede ser tan imbécil como para matar a una persona porque no le gustó su cuento.

Ana la miraba como un carnero degollado. No contestó nada. Andrómaca meditaba. Su experiencia en literatura policial era amplia, pero en homicidios o la muerte real su saber se reducía. Había que actuar rápido, investigar y no especular. Estaba convencida de que la conducta humana, con sus ilusiones, emociones y deseos, era un obstáculo en el razonamiento. Pero también estaba segura de que la fría lógica secuencial tampoco permitía resolver rápido. Oscilante entre extremos de la intuición a la lógica se ubicaba en algún lugar la vida, no solo la muerte. Movi6 la cabeza como para alejarse de su tendencia a la divagaci6n y se oblig6 a ir a la realidad.

—¿Te dijo dónde lo llevaban?

—No, o quizás no entendí.

—Ana, ahora que estás más tranquila, te voy a dar estas pastillas, tómalas y tírate a descansar acá mismo. Yo me voy a ocupar. Te dejo el perro a cargo.

—No, voy contigo.

—Por ahora, no. Por favor.

Si la mujer había muerto por allí, era posible que correspondiera a la comisaría del barrio, a pocas cuadras de su casa. Ese fue el primer paso, ir a ver al inspector Gauna, que, seguramente, se acordaría de ella. El policía la vio entrar y levantó los ojos al cielo. La saludó con una sonrisa esforzada como se trata a todos los que no pertenecen a la fuerza y quieren pasar por investigadores, detectives y especialistas. Aunque había tenido suerte de principiante la otra vez. Le confirmó que estaba al tanto de esa muerte, pero que correspondía a la seccional 23, la que estaba en Julián Álvarez, frente al Botánico, hacia plaza Italia. Gauna era un hombre correcto y no preguntó la razón de la pregunta, es más, se ofreció para ayudar.

—Espérese que llamo al comisario para ver en qué está la cosa y le averiguo por ese nombre que me dijo.

—Edmundo Vázquez —repitió Andrómaca.

Los escuchó hablar. Por el ruido de fondo, no logró entender todo lo que decían. Solo entendió que el asunto se había puesto pesado para Edmundo. Escuchó que el hijo de Ana tenía antecedentes por robo en un supermercado y una pelea en el viejo Herman de al lado unos años antes. Comprendió que era un buen culpable para nues-

tro sistema judicial, aunque nadie lo hubiera visto ni hubieran probado nada, salvo que la muerta estaba muerta y que Edmundo era Edmundo Vázquez. Mientras pensaba todo eso, escuchó que el oficial le hablaba.

—Señora, hablé con el comisario, pero si es al joven Edmundo al que busca, está jodido. La fiscal es una mujer muy decidida. Consiguió un culpable ideal.

—Tiene que ser justa, no decidida.

Agradeció y dejó el comentario en el aire. Fue caminando a la otra delegación policial. A ver al jefe de la 23.

Seguía pensando, mientras caminaba, que nadie había visto a Edmundo entrar ni salir del departamento de la muerta. No importaba que fuera fuerte o débil el testimonio de los que lo habían acompañado esa tarde, inclusive si la había pasado solo. Cuando llegó, estaba pensando en la importancia de mantenerse ocupado y activo en grupos, también servía de coartada.

—Quisiera ver al comisario, de parte del oficial Gauna —dijo al entrar.

El jefe del lugar se mostró amable, pero distante. Era evidente que no la tomaba en serio. Entonces, Andrómaca fue a lo concreto.

—Déjeme ver el departamento de la escritora muerta.

El policía la miró con sorpresa.

—¿Me está hablando en serio?

—Totalmente. Voy con alguno de ustedes. No voy a robar ni a llevarme nada.

—No es por eso. Igual ya trabajó la policía y la fiscal

en unos días lo habilita para los parientes. Por ahora, lo cuidamos nosotros.

Andrómaca insistió. El comisario era un conocedor de las personas y comprendió que la mujer era terca.

—¿Usted es la madre de Edmundo Vázquez?

—No, soy la tía, la madre está con un ataque de nervios en mi casa. ¡Hágame el favor! Solamente miro desde la entrada. Me quiero hacer una idea.

—¿Para qué? Le puedo mostrar las fotos policiales de la casa.

—Muéstremelas igual y permítame ver la casa también. No le cuesta nada. Haga de cuenta que va usted o alguno de los suyos a verificar algo y de casualidad yo estaba por allí. Nadie se va a enterar.

—Todo el mundo se entera cuando metemos la pata, pero nadie aporta nada cuando las soluciones no aparecen.

Se desahogó el comisario. Pero al fin cedió. ¿Qué podía hacer esa señora? Llamó a una asistente para que la acompañase. Mientras, Andrómaca miraba las fotos que tenían en la comisaría, que eran copia de las que ya figuraban en el expediente.

—La va a acompañar la oficial que estuvo en el reconocimiento y en la investigación con la fiscal.

—¿Ya la cerraron? ¡Fue ayer!

—A mí no me pregunte. Es cosa de justicia. Cerrada no está, sí avanzada. Tenemos al culpable.

La oficial parecía sorprendida, pero no dijo nada. Tomaron un taxi que pagó Andrómaca. No quería riesgos.

Una vez en el departamento, que abrió con unas llaves que traía la policía, pudo observar todo lo que pudo y sacó algunas fotos más, aparte de las que ya había visto en la 23. Finalmente volvió. Confirmó alguna información con la oficial y se fue directa a ver al comisario, que estaba con la puerta abierta. Se veía desde el mostrador del público donde se había quedado Andrómaca.

—Edmundo no pudo haber sido.

—No me diga. ¿Cómo lo sabe? ¡Qué casualidad, justo lo dice la mamá!

—No soy la mamá. Pero esa señora no se resbaló, sino que la mataron, pero decididamente no fue Edmundo. Mire estas dos fotos, bien agrandadas, aunque se vean un poco borrosas.

El policía miró. No había ninguna marca en la bañera. Salvo un poco de sarro en el interior. Señal de poco uso, sin duda. Poca gente se da baños de inmersión.

—La mujer no se estaba bañando. No tenía tampoco sentido hacerlo a media tarde, aunque puede haber excepciones. Pero no hay excepciones en el arma del delito. En la parte de debajo de la cortina, esa bola grande que se ve manchada. Han intentado lavarla, pero se notan marcas y yo la pude ver de cerca. La di la vuelta y saqué estas otras fotos mucho más claras y en detalle.

—¿No era que no iba a entrar, sino solo sacar fotos desde lejos? Seguro que aprovechó un descuido.

—Era prioridad saber la verdad. Fíjese que es bastante grande, con eso la mataron. Con uno o dos golpes. Ya lo dirán los forenses. Pero eso no es lo único importante.

—Ya le dije que la fiscal está convencida de que el culpable es su hijo.

—No es mi hijo, pero eso es lo de menos. Lo importante es que no es culpable. Le explico lo que vi y lo pueden comprobar rápidamente.

—No me diga que apareció alguien que confesó.

—Escuche lo que tengo para decirle, comisario. Edmundo no fue. ¿No dijo que la hija abrió con su llave, que le había dado su propia madre, la escritora, cuando vivía con ella? Esa es la clave.

—El departamento estaba cerrado desde adentro.

Andrómaca pensó en decir «el típico saco del cuarto cerrado», pero se lo quedó para ella. No era momento para citas.

—La hija puede decir que no fue así. La palabra de la hija contra la de un reincidente.

—No es reincidente en este delito, que es lo que debería tomarse en cuenta. Pero eso no importa. ¿Acaso alguien se va a bañar o lo que sea que estuviera haciendo en el baño con la puerta de la calle sin llave? ¡En la Buenos Aires de hoy!

El comisario se movió algo nervioso en su sillón. No era el cambio de culpable lo que le molestaba, sino que significaba empezar de nuevo de cero. La fiscal se iba a poner muy molesta.

—¡Usted, que es tan astuta, dígame entonces quién fue!

—No soy tan astuta, no tan egoísta para quitarle el trabajo a ustedes. Me conformo con que no haya sido Edmundo. Salúdeme a la fiscal.

El comisario era un hombre justo. Se levantó para saludarla y con ganado respeto le dijo:

—A su servicio, señora...

—Andrómaca Vázquez, vecina del barrio.

El policía la acompañó hasta la puerta y volvió refunfuñando. Para Andrómaca, era el momento de buscar a Edmundo y recomendarle que se buscara un buen taller de escritura. A pesar del cansancio, que se le vino todo encima de repente, se metió en un bar para llamar a Ana.